

tristes son, pero tolerables, dada la extremidad en que nos vemos, y sobre todo están más en nuestra mano. Si tanto nos angustia la pena de nuestros descendientes, condenados á una maldición infalible, víctimas al fin de la Muerte (que, en efecto, terrible es ser causa de la infelicidad ajena, de la infelicidad de nuestros propios hijos, y lanzar de nuestro propio seno á ese maldito mundo una desdichada raza, para que despues de una vida de tormentos sea presa de tan repugnante mónstruo) de ti depende, ya que aún no se halla en su estado de concepción, evitar que esa raza no bendecida llegue á ser engendrada. Sin hijos estás; sin hijos puedes quedarte. Así la Muerte será burlada, y habrá de saciar en nosotros dos su ánsia devoradora. Pero si crees que es duro y dificultoso hablándose, mirándose, amándose, renunciar al sagrado débito del amor, á las dulzuras de los abrazos nupciales, y ahogar sin esperanza alguna el deseo, teniendo á la vista un objeto que arde en el mismo anhelo, tormento no menos irresistible que el que causa nuestros temores, entónces, para librarnos á nosotros y librar al propio tiempo á los nuestros del mal que nos amenaza, tomemos más pronta resolución y entreguémonos á la Muerte; y si no damos con ella, hagamos en nosotros su oficio con nuestras manos. ¿Á qué seguir viviendo con un temor que no promete más término que la Muerte, cuando podemos abreviar el plazo de nuestros días, y destruyéndonos, anticipar nuestra destruccion?»

Esto dijo, ó añadió otras palabras que indicaban bien su desesperacion; y tanto habia discurrido sobre la muerte, que llevaba impresa su palidez en el semblante. No así Adán; que poco convencido de su consejo, y entregado con solícito afán á otras esperanzas, contestó á Eva:

«El menosprecio que haces de la vida y del placer parece indicar que hay en ti algo más sublime y excelente que lo que con tal indignacion rechazas; pero desde el momento en que recurres á la destruccion de tu existencia, tú misma desmientes semejante indicio, porque manifiestas, no desprecio, sino angustia y pena por la pérdida de una vida y un placer que prefieres á todos los demás bienes. Engañaste si deseas la muerte como término de tus males, y creyendo evadirte así de la pena á que estás condenada, porque Dios no se ha armado tan vigorosamente de su vengadora ira para que se frustre; más temeraria yo que esa muerte anticipada no nos preservase del castigo que nos aguarda, y que semejante obstinacion empeñase al Altísimo en perpetuar la muerte en nuestra vida. Adoptemos pues resolución más eficaz: yo creo acertar con ella reflexio-

nando atentamente en aquella profecía de nuestra sentencia: *Tu raza hollará la cabeza de la serpiente*; lo cual seria bien fútil reparacion, si como presumo, no aludiese á nuestro enemigo Satan, que se valió de este engaño contra nosotros. Hollar su cabeza seria en efecto nuestra mejor venganza, que sin duda malograriamos dándonos nosotros mismos la muerte, ó resolviéndonos á hacer estériles nuestros días, como propones; con lo que nuestro enemigo se libraria del castigo que se le ha impuesto, y nosotros sólo conseguiríamos doblar el nuestro. Renunciemos pues á toda violencia contra nosotros mismos, ó á una infecundidad voluntaria que nos privaria de toda esperanza y no argüiria en nosotros más que rencor, orgullo, impaciencia, despecho y rebeldia contra Dios, que tan justo es imponiéndonos este yugo. Recuerda con qué benignidad y agrado nos escuchó, y cómo pronunció su sentencia sin cólera alguna, sin hacernos reconvenciones. Temíamos una disolucion inmediata, y pensábamos que la amenaza y la muerte tendrían lugar en el mismo día; y ¿á qué se ha reducido? Á anunciarnos, á ti lo penoso que ha de serte llevar en tu seno y dar á luz el fruto de tus entrañas, pena que se compensará con la alegría de verte reproducida, y á mi la maldición, que de rechazo alcanza á la tierra, de que ganaré mi sustento trabajando; ¡como si fuese esto tan gran desgracia! Mayor lo seria la ociosidad; porque al fin viviré de mi trabajo; y para que el frio y el calor se nos hiciesen más soportables, sus pródicos cuidados atendieron á nuestra necesidad sin que lo solicitásemos, y mientras nos juzgaba, se compadecia de nosotros, indignos de su proteccion, y sus manos nos proporcionaban con qué vestirnos. Pues si le dirigimos nuestras súplicas, ¿cómo ha de cerrar el oído á ellas, ni negar su corazón á la piedad? ¿Cómo dejará de enseñarnos por qué medios hemos de evitar la inclemencia de las estaciones, la lluvia, el hielo, la nieve y el granizo? Ya el cielo con demudada faz empieza á amenazar desde esa montaña con todas estas contrariedades, y los vientos con su soplo húmedo y destructor arrancan el follaje de esos hermosos y copudos árboles. Esto nos obliga á procurarnos mejor auxilio, y algun calor más con qué templar nuestros ateridos miembros; y ántes que al astro del día reemplace la frialdad de la noche, veamos cómo reflejando juntos sus rayos, pueden inflamar la materia seca, ó cómo por el frote de dos cuerpos llega á encenderse el aire; á la manera de las nubes, que luchando entre si hace poco, é impelidas por el aire, con su violento choque han engendrado el rayo y precipitándose éste con su sesga llama, ha prendido en la resinosa corteza

del pino y del abeto, y esparcido en derredor un calor agradable, que puede suplir al sol. Dios nos instruirá en el uso que hemos de hacer de ese fuego, y en todo lo demás que sirva de alivio ó preservativo á los males que nuestras culpas han producido; y nos enseñará á orar é implorar su gracia. Auxiliados y alentados por Él, no tendremos que temer las incomodidades de la vida, hasta que nos convirtamos por fin en el polvo, última y natural morada nuestra. ¿Qué cosa podemos hacer mejor que volver al lugar en que hemos sido juzgados, postrarnos devotamente ante Él, confesar con humildad nuestras culpas, y pedirle perdon, regando el suelo con nuestras lágrimas, y exhalando profundos sollozos salidos de nuestros contritos corazones, en señal de sincero arrepentimiento y abnegacion completa? Mitigará su rigor sin duda y dará al olvido su desagrado; pues cuando más indignado y justiciero parecia ¿no brillaba en sus tranquilas miradas el afecto, la gracia y la compasion?»

Asi habló nuestro arrepentido padre, y Eva no manifestaba menores remordimientos. Encamináronse sin más tardanza al lugar en que habian sido juzgados, y se prosternaron reverentemente en su presencia. Allí confesaron con humildad sus culpas, imploraron perdon, bañaron con sus lágrimas la tierra, y prorumpieron en profundos sollozos con corazones contritos, en señal de sincero arrepentimiento y de la más completa sumision.

LIBRO UNDÉCIMO

ARGUMENTO

Trasmite el Hijo de Dios á su Padre las súplicas de los dos esposos, ya arrepentidos de su culpa, é intercede por ellos. Acepta Dios sus ruegos, pero declara que no pueden permanecer más tiempo en el Paraiso, y envía á Miguel con algunos querubines para que los expulsen de aquella mansion, y sobre todo para que revele á Adan los acontecimientos futuros. Llega Miguel á la tierra. Adan muestra á Eva ciertos signos siniestros; observa la llegada de Miguel, y le sale al encuentro. Anúnciale el Ángel su partida. Descanso de Eva; Adan suplica, y acaba por obedecer. Conducele el Ángel á la cima de una alta colina, y en una vision le representa lo que ha de suceder hasta el Diluvio.

En esta humilde actitud permanecieron arrepentidos y orando, porque descendiendo del trono de Dios misericordioso la gracia justificante, arrancó el endurecimiento de sus corazones, y puso en ellos una nueva carne regeneradora, que prorumpia en ayes inexplicables, y que inspirada por el espíritu de la oracion, se remontaba al cielo con vuelo más veloz que el de la elocuencia más sublime. No era, sin embargo, su aspecto de miseros suplicantes, ni parecia su ruego de ménos interés que el de aquellos vetustos cónyuges de las antiguas fábulas, ménos antiguas, sin embargo, que esta historia, Deucalion y la casta Pirra ¹, cuando para reponer la anegada raza humana, se prosternaban devotos ante el santuario de Témis.

Remontáronse al cielo las súplicas de Adan y Eva, sin que los envidiosos vientos las apartaran ó privaran de su camino; penetraron por las celestes puertas, como espirituales que eran ²; y cubriéndolas el gran Intercesor con la nube

(1) Sabida es la fábula de Deucalion, el Noé de la mitología, que habiéndose salvado del Diluvio en una nave que le llevó al monte Parnaso, juntamente con su esposa Pirra, instaron con tales ruegos al oráculo de Témis, que para que no pereciese la raza humana, se les mandó que arrojasen piedras por detrás de ellos, las cuales á medida que iban cayendo, se convertian en hombres y mujeres. Censuran algunos críticos á Milton por las frecuentes alusiones que hace á la mitología pagana; pero otros le defienden observando que las emplea meramente como símiles y como recurso y ornato poéticos, que en su tiempo constituian una especie de tradicion clásica de que no era dable prescindir, y un lenguaje convencional admitido por todo el mundo.

(2) Esta es la idea del poeta, que expresa artificiosamente con la palabra *dimensionless*, esto es, sin dimensiones, incorpóreas, inmateriales.